

**CURSILLO INTRODUCTORIO
A LA PERSONA Y ENSEÑANZA DE SAN PABLO**

Mario Alberto Molina, O.A.R.
Obispo de Quiché

Santa Cruz de Quiché, Quiché, Guatemala, 2008

**Tema 4
Pablo anuncia la salvación**

El propósito de esta catequesis es presentar el evangelio como lo anunciaba san Pablo, cómo entendía él la obra de Cristo y sus consecuencias para nosotros.

a. La situación del hombre pecador

Así pues, por un solo hombre entró el pecado en el mundo y con el pecado la muerte; y como todos los hombres pecaron, a todos llegó la muerte. Rm 5,12

Porque lo mismo que por un hombre vino la muerte, también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Y como por su unión con Adán todos los hombres mueren, así también por su unión con Cristo todos retornarán a la vida. 1Cor 15,21-22

¿Para qué necesitamos un salvador? ¿De qué tenemos que ser salvados? Para Pablo la respuesta es "queremos ser salvados de la muerte"; deseamos vivir. La muerte frustra ese deseo y quita sentido a todo el empeño con que construimos esta vida temporal, pues si al final nos disolvemos en la nada, ¿para qué empeñarnos con esfuerzo para vivir y no elegir el camino de lo que es fácil, placentero, agradable, conveniente o ventajoso? ¿Para qué atenernos a una vida recta, a unos criterios éticos de conducta, si al final, da lo mismo y todos, buenos o malos, desaparecemos igualmente? *Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos* (1Cor 15,32). Necesitamos ser salvados de la muerte, para que las acciones con que construimos esta vida tengan sentido, logren su propósito.

¿Por qué morimos? ¿Es ese el plan y deseo de Dios para nosotros? Toda la Escritura da testimonio de que Dios quiere la vida. *Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su mismo ser; pero la muerte entró en el mundo por envidia del diablo* (Sab 2,23-24); *por mi vida, oráculo del Señor, que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que se convierta y viva* (Ez 33,11). Morimos porque tenemos pecado; esa es la respuesta de Pablo. Dios es la fuente de la vida y el pecado nos separa de Dios. Como la milpa sin agua se seca; así el hombre sin Dios se muere.

¿Qué es el pecado? El pecado es un poder contrario a Dios, que actúa en nosotros a través de la inclinación al mal y nos lleva a realizar una conducta que nos destruye en vez de construirnos como personas. El pecado entró en el mundo por el primer hombre que pecó; desde entonces el pecado nos ha alcanzado a todos, porque todos hemos pecado. Además, incluso quienes no han cometido pecados personales, como un niño recién nacido, participa de la condición pecadora de la humanidad porque nace como miembro de esta humanidad destinada a morir. La condición mortal en que nacemos (algo que se ve) manifiesta que nacemos marcados por el pecado (algo que no se ve) que nos aleja de Dios, fuente de la vida.

Pablo también descubrió que el poder del pecado, que afecta a judíos y no judíos (puesto que todos mueren), se manifiesta de diversos modos. Para los judíos el poder del pecado se manifiesta a través

de la Ley, puesto que a través de la Ley el judío descubre que su conducta no se ajusta a la voluntad de Dios. Para los no judíos, el pecado se manifiesta a través de la esclavitud a los poderes cósmicos y los espíritus de este mundo, pues viven bajo el temor y sin libertad. Veamos algunos textos:

En un tiempo, al no haber ley, todo era vida para mí; pero, al venir el precepto, revivió la fuerza del pecado y yo quedé muerto. Y así me encontré con que un precepto hecho para dar vida, resultó para mí instrumento de muerte. En efecto, con ocasión del precepto, la fuerza del pecado me sedujo y por medio del me llevó a la muerte. Rom 7,9-11

Así también nosotros, mientras éramos menores de edad, vivíamos esclavizados por los poderes cósmicos. En otro tiempo ustedes no conocían a Dios y servían a los que no son realmente dioses. Pero ahora que han conocido a Dios, o mejor, que Dios los ha conocido, ¿cómo vuelven a servir a esos insignificantes y miserables poderes? Gal 4,3.8-9

b. La obra salvadora de Cristo

Veamos algunos testimonios de cómo san Pablo explica la salvación de Cristo:

Porque yo les transmití en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y que fue sepultado; que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que se apareció a Pedro y luego a los Doce. 1Cor 15, 2-5

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo el dominio de la ley, para liberarnos del dominio de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios. Gal 4,4-5

Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir, la muerte no tiene ya dominio sobre él. Porque cuando murió, murió al pecado de una vez para siempre; su vivir, en cambio es un vivir para Dios. Rom 6,9-10; Col 2,14-15

El testimonio de Pablo en la 1ª Carta a los Corintios nos muestra que el núcleo o médula del evangelio predicado por Pablo era la enseñanza acerca de la muerte y la resurrección de Cristo como el fundamento de la salvación. El anuncio de la muerte y la resurrección de Cristo son la parte central del evangelio: *En cuanto a mí, jamás presumo de algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (Gal 6,14).

La lectura de las diversas cartas de san Pablo nos permite captar cómo entendía él la obra de Cristo. Pablo centra toda su atención en la cruz; la crucifixión es el acto supremo y decisivo de Jesús. Muy pocas veces se refiere Pablo a las palabras u obras de Jesús antes de su muerte en la cruz. Pablo sabe que Jesús vivió sometido a la ley judía, pues había nacido de una mujer, había nacido como ser humano en el seno del pueblo judío (cf. Gal 4,4). Por lo tanto, sin tener pecados personales, nació en condiciones de sufrir las consecuencias del pecado, en concreto la muerte. Dios envió a *su propio Hijo con una naturaleza semejante a la del pecado. Aún más: lo hizo víctima por el pecado y condenó el pecado a través de una naturaleza mortal* (Rm 8,3). Pablo habla muy poco de la existencia de Cristo antes de su encarnación. Describe sus actitudes en la encarnación:

el cual, siendo de condición divina, no consideró codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Flp 2,6-8

Cristo, pues, renuncia a unas prerrogativas o privilegios propios de la divinidad y que le corresponden por derecho, para asumir la condición mortal, consecuencia del pecado, y en esa condición acepta las humillaciones más extremas, incluso una muerte en la cruz.

En la carta a los colosenses (1,15-16), Pablo describe a Cristo como *primogénito de toda criatura*, no en el sentido de que fuera la primera obra creada por Dios, sino que en cuanto hecho criatura por la encarnación, es la que ocupa el primer lugar, y es la persona en la que todas las realidades visibles e invisibles cobran sentido y plenitud.

Pablo tiene claro que Jesús murió condenado en nombre de la ley. Pero la ley judía y cualquier otra ley tienen vigencia solamente para las personas que viven en este mundo. Cuando uno muere, ningún poder, sea la ley, sea el pecado, sean los poderes cósmicos en los que creen los paganos, puede actuar para perjudicar a la persona, pues ya se murió. Ahora bien, Cristo es el caso único y excepcional. No sólo murió, también ha resucitado. Le ha sido dada una vida junto a Dios más allá de la muerte. La resurrección es la acción de Dios, que otorgándole a Jesucristo el Espíritu Santo, lo constituye en una vida junto a él después de su muerte en la cruz (cf. Rm 1,3-4). Desde entonces Cristo goza de una vida libre de la ley, del pecado y de cualquier otro poder que no sea el de Dios. Al estar libre del pecado, Cristo vive para siempre. Y Cristo tiene la capacidad de compartir con los que creen en él su nueva condición de libertad de la ley, del pecado y de los poderes cósmicos, gracias a la comunicación de su Espíritu. En esto consiste la salvación que él ofrece.

Cristo ha realizado esta obra por puro amor. La cruz de Cristo ha puesto de manifiesto el extremo al que llega el amor de Dios. *El Hijo de Dios me amó y se entregó por mí* (Gal 2,20).

Nosotros estábamos incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado. Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor ya que cuando aún éramos pecadores Cristo murió por nosotros. Con mayor razón, pues, quienes estamos recibiendo la salvación por medio de la sangre de Cristo, seremos liberados por él del castigo. Porque si siendo enemigos Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, nos salvará para hacernos partícipes de su vida. Rom 5,6-10

c. Cristo plenitud y destino de la humanidad

Gracias a la resurrección, Cristo ha sido constituido por Dios en una función y misión de mediador de la salvación y meta hacia la que tiende toda la creación.

Con su muerte, el Hijo nos ha obtenido la redención y el perdón de los pecados, en virtud de la riqueza de gracia que Dios derramó abundantemente sobre nosotros con gran sabiduría e inteligencia... llevando su proyecto salvador a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra. Ef 1,7-8.10

Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. Flp 2, 9-11

La resurrección reveló plenamente la identidad de Jesús que permanecía oculta para muchos. Jesús es el Hijo de Dios; el Mesías salvador de toda la humanidad. La resurrección muestra que Jesús pertenece y tiene su lugar en el ámbito de Dios Padre. Él se convierte desde entonces en mediador

de la vida para toda la humanidad y la misma creación. Su resurrección permite conocer el destino y finalidad de toda la creación. Dios hizo el universo para llevarlo a una plenitud de vida en Cristo. Él ha sido constituido juez universal, es decir, la persona ante quien todos debemos rendir cuenta de nuestras acciones pues por él y para él hemos sido creados. A través de Jesús todos podemos encontrar de nuevo el camino de la vida, de la plenitud y llegar hasta la unión eterna con Dios. Por eso Él recibe el título de "Señor", nombre que el Antiguo Testamento reservaba para Dios Padre y que ahora aplica también a Jesús.